

La fábrica de alfileres y la mano invisible

Manuel SANTOS REDONDO *

La unidad industrial gigante, perfectamente burocratizada, no solamente desaloja a la pequeña empresa y de volumen medio y «expropia» a sus propietarios, sino que termina también por desalojar al empresario y por expropiar a la burguesía como clase.

J. A. SCHUMPETER, *Capitalismo, Socialismo y Democracia* [1942]

Adam Smith explicó un sistema económico, político y moral en el que la empresa privada y el mercado desempeñan el papel principal. Pero Smith estaba pensando en empresarios individuales dueños de su empresa. Con la generalización de las grandes sociedades anónimas, muchos economistas han visto en las empresas precisamente lo contrario que en el mercado; y los modelos de sociedad contrarios a la «mano invisible» se fundamentan, en gran medida, en la forma de entender lo que ocurre *dentro* de la empresa ¹. En este artículo sostenemos que la forma en que los grandes economistas entendían el funcionamiento de la empresa influye de forma decisiva en el modelo de sociedad que proponen.

Marx, Schumpeter, Galbraith: de la concentración de capitales al socialismo

Hay una línea clara de pensamiento en torno a la empresa y el progreso humano, que entiende que el aprovechamiento de las economías de escala significa empresas cada vez más grandes, y que esto supone cambios decisi-

* Profesor de Historia e Instituciones Económicas de la Universidad Complutense de Madrid.

¹ La importancia de la organización económica dentro de la empresa ha sido tradicionalmente ignorada por la visión de la empresa como función de producción. Mark Blaug, por ejemplo, afirma rotundamente que «la historia del pensamiento económico no es más que la historia de nuestros esfuerzos para entender el funcionamiento de una economía basada en las transacciones del mercado» (1985: 31). En cambio, la discusión política tiene presente las diversas formas de organización empresarial; por ejemplo, Henri Lepage, en *Autogestión y capitalismo*, defiende el capitalismo precisamente criticando la autogestión en la empresa.

vos en el capitalismo: el fin del *laissez-faire* y su sustitución por alguna forma de socialismo.

El más espectacular de los que sostienen esta línea es Marx; el resultado final de casi una sola empresa es el que conduce fácilmente a que los trabajadores expropien al casi único capitalista; la «clase obrera» existe, fundamentalmente, *dentro* de la gran empresa.

Paralelamente a esta concentración [de los capitales], o a la *expropiación de muchos capitalistas por pocos*, se desarrollan en escala cada vez más amplia la forma cooperativa del proceso laboral, la aplicación tecnológica consciente de la ciencia, la explotación colectiva planificada de la de la tierra, la transformación de los medios de trabajo que sólo son utilizables colectivamente, la economización de todos los medios de producción gracias a su uso como medios de producción colectivos del trabajo social combinado. Con la disminución constante en el número de los magnates capitalistas que usurpan y monopolizan todas las ventajas de este proceso de trastocamiento, se acrecienta la masa de la miseria, de la opresión, de la servidumbre, de la degeneración, de la explotación, pero se acrecienta también la rebeldía de la clase obrera, una clase cuyo número aumenta de manera constante y que es disciplinada, unida y organizada por el mecanismo mismo del proceso capitalista de producción ².

Esta tesis no es sólo cosa de Marx o de marxistas: Galbraith es un exponente actual, algo más blando ³, que en esto no hace sino seguir la línea de Schumpeter en *Capitalismo, Socialismo y Democracia* [1942]: el paso del empresario a la gran empresa *implica* el paso del capitalismo al socialismo, pues el gobierno de la tecnoestructura es ya una forma de socialismo burocrático.

La línea contraria la podemos representar por Hayek, que fue quien mejor definió la función del mercado como mecanismo descentralizado de transmisión de información, precisamente al negar la posibilidad de cálculo económico eficaz en una economía planificada. La «forma cooperativa del proceso laboral» de que habla Marx, es decir, el aprovechamiento de las ventajas de la división del trabajo, se hace mejor a través del mecanismo descentralizado e impersonal del mercado. Para Hayek, los precios transmiten la información precisa a los individuos precisos, y por tanto la planificación consciente por parte de la autoridad será menos eficiente. Para defender esto hay que pensar en que las empresas (dentro de las cuales, como después

² Marx (1978, I, xxiv, 7: 953). Véase el cap. 13, *Maquinaria y gran industria*, y Marx y Engels (1975: 73, 80). Bowles (1994: 409), considera que el aspecto distintivo de la microeconomía marxista respecto del enfoque neoclásico tiene poco que ver con la teoría de la plusvalía: «centra su atención en la interacción entre las relaciones voluntarias de mercado y las relaciones de mando en el lugar de trabajo». El clásico «What do bosses do?» de Marglin considera aún más importante la disciplina que se impone en la fábrica para la supervivencia del capitalismo.

³ Véase Galbraith (1974). Este autor ha moderado su posición, en cuanto a que la gran empresa está a salvo de la competencia: «No prevé la invasión de Japón y otros países en la estructura económica [norteamericana] ... no vi suficientemente las tendencias degenerativas de la tecnoestructura». Galbraith (1988).

planteó Coase, no funciona el sistema de precios, sino la autoridad) son islas en el océano del mercado, y no al revés ⁴.

Stigler tercia para introducir otra posibilidad. En su artículo «The division of labour is limited by the extent of the market», pretende explicar, desde el enfoque de la empresa como función de producción, por qué las economías de escala no conducen necesariamente a más concentración. La empresa especializada, monopolista de un sólo producto intermedio o proceso, opera con menos costes que los que tendrían las empresas integradas que operan en el sector, pues aprovecha mejor las economías de escala; pero se enfrenta a una demanda elástica, porque no puede superar el coste que tendría la empresa integrada.

El análisis de Stigler no resulta muy convincente en cuanto a su predicción de que esas empresas monopolistas de un solo producto intermedio o proceso signifiquen *más mercado* y no *más contrato no instantáneo*, o formas de contratación distintas del intercambio puro de mercado al que se refiere el modelo neoclásico. Simplemente, confía en que

Con la expansión continua de la industria, el número de empresas oferentes [especializadas en el proceso] aumentará, de forma que la nueva industria se hace competitiva ⁵.

La empresa en el modelo económico y político de Adam Smith

Situar a Smith en una u otra línea –cada vez más empresa o cada vez más mercado– es importante, pues las economías de escala desempeñan un papel fundamental en su modelo de crecimiento. La división del trabajo es la que permite aumentar la productividad, la «riqueza de las naciones» y el bienestar de sus habitantes; y es la principal diferencia entre las naciones económicamente desarrolladas (y culturalmente civilizadas) y las bárbaras:

La gran multiplicación de la producción de los distintos oficios, a consecuencia de la división del trabajo, ocasiona, en una sociedad bien gobernada, esa opulencia generalizada que se extiende hasta los estamentos más inferiores del pueblo. ... Las comodidades de un príncipe europeo no siempre exceden tanto a las de un campesino laborioso y frugal como las de éste superan a las de muchos reyes africanos, dueños absolutos de la vida y libertad de diez mil salvajes desnudos ⁶.

Esta división del trabajo está limitada por la disponibilidad de capital (que está determinada por la *frugalidad*) y por la extensión del mercado

⁴ Hayek (1994), Coase (1994).

⁵ Stigler (1973), p. 112. Para una breve discusión de la teoría del ciclo vital expuesta por Stigler en este artículo, y su reinterpretación en términos de costes de transacción, véase Williamson (1985), IV, 7, 4: 126-127.

⁶ Smith (1988), I, i, 10-11: 92-94.

(sobre todo, las mejoras en las comunicaciones). Tan importante es la cuestión, la celeberrima frase que Stigler tomó prestada para su artículo, que Smith consideraba que:

El descubrimiento de América y el paso a las Indias Orientales por el cabo de Buena Esperanza, son los dos acontecimientos más importantes y extraordinarios de la historia de la humanidad ⁷.

La explicación no es otra que la extensión del mercado, que permite una mayor división del trabajo:

Y a consecuencia de estos descubrimientos, las ciudades comerciales de Europa, en vez de ser los fabricantes y los transportistas de una pequeña parte del mundo..., se han convertido en los fabricantes de los numerosos y laboriosos cultivadores de América y en los transportistas y, en algunas ocasiones, también en los fabricantes de casi todas las distintas naciones de Asia, Africa y América. Dos nuevos mundos se han abierto a su industria, cada uno de ellos muchos más grande y extenso que el anterior, y con el mercado de uno de ellos en creciente expansión ⁸.

Si uno está acostumbrado a pensar en términos de Marx o Galbraith, inmediatamente deducirá que Smith está pensando en una gran fábrica de alfileres, que a medida que el tamaño de la economía lo permita, irá creciendo, diversificando su producción, dividiendo más y más las tareas, coordinadas por gestores especializados. La conclusión política es que el «sistema de libertad natural» desaparece. En cambio, si uno está acostumbrado a pensar en términos de Hayek deducirá que Smith está pensando en innumerables panaderos, cerveceros y carniceros que nos suministran lo que necesitamos, acicateados por su propio interés y orientados —coordinados— por la mano invisible del mercado.

Veamos primero cuál de las dos visiones tenía el propio Smith, para entender la relevancia de esta cuestión en su modelo económico, político, filosófico y moral (que es el que sigue vigente, con alguna modificación que tendremos que aclarar, en el bando de los que llamaré «hayekianos»). En *La Riqueza de las naciones* encontramos referencias a los dos tipos de organización económica: el mercado y la empresa. La propia elección de la fábrica de alfileres como ejemplo puede hacernos pensar que insistía más en la organización jerárquica:

No era la mano invisible de la competencia en el mercado, sino más bien la mano visible de los capitalistas/managers conscientes de los costes y

⁷ Smith (1988), IV, vii, c. 80. Véase también I, iii, 3-4, y n. 8 (101-102).

⁸ Smith (1988), IV, vii, c. 81. Esta la tercera clase de división del trabajo a que se refiere Smith: la división territorial o internacional. En este trabajo nos ocupamos sobre todo de las otras dos: la que ocurre dentro de la empresa, y la «social», entre diferentes productores.

orientados al beneficio, la responsable de la organización del trabajo dentro de la tan conocida fábrica de alfileres de Smith ⁹.

Sin embargo, es difícil pensar en Smith como adalid de la eficacia de la gran empresa (sean cuales sean las consecuencias para la organización política de la sociedad). Atribuía el papel decisor y organizador de la economía al capitalista:

El propietario del capital que emplean un gran número de trabajadores, procura, por interés propio, establecer una división y distribución del trabajo tales, que le permitan la obtención de la mayor cantidad de producto posible. Por la misma razón trata de proporcionales la mejor maquinaria existente. Lo que sucede con los trabajadores en una fábrica sucede, por la misma razón, en toda la sociedad. Cuanto mayor sea su número, mayores serán, naturalmente, las diferentes divisiones y subdivisiones del empleo ¹⁰.

Se muestra totalmente contrario a las sociedades anónimas, a lo que hoy llamamos «separación entre propiedad y control»; y ello, porque desconfiaba por completo del cuidado que pudiera poner en un negocio alguien distinto del dueño:

Al ser los directores de tales compañías [las sociedades anónimas] más administradores de caudales ajenos que de los suyos propios, no se puede esperar que ponga tanto empeño en su manejo como los miembros de una sociedad colectiva ponen en el de los suyos. Como los sirvientes de un gran señor, prestan escasa atención a asuntos de poca importancia, pues consideran que desmerece el honor de su señor, y por tanto en tales compañías siempre hay cierto grado de negligencia y prodigalidad en su administración ¹¹.

⁹ McNulty (1984), p. 236. Este autor considera que «las economías industriales se mueven inevitablemente hacia menos relaciones de mercado entre empresas, y más relaciones administrativas dentro de las empresas» (p. 252).

¹⁰ Smith (1988), I, viii, 57 (p. 169). Véase también II, Introducción, 4 (p. 337). Smith no parece darse cuenta de que «lo que sucede con los trabajadores en una fábrica» depende del capitalista; pero «en toda la sociedad», es el mecanismo del mercado el que coordina.

¹¹ Smith (1988), V, i, e, 18, p. 773. También V, i, e, 11, p. 769. Smith concluye que sólo con la concesión de un monopolio han podido sobrevivir estas compañías, y aún así, no siempre (V, i, e, 30, p. 786).

Joan Robinson (1966, p. 153) considera que Smith subestimó la lealtad espontánea de los individuos a las instituciones a las que sirven. Herbert Simon ha seguido esa línea: «La investigación empírica sobre las organizaciones ha mostrado que el propio interés resulta fuertemente contrarrestado por el mecanismo de la identificación —esto es, la adhesión a la organización y a sus fines, tanto a nivel cognitivo como motivacional—. Debido a que los seres humanos no podemos ver todas las cosas a la vez, simplificamos nuestros problemas de decisión viendo las situaciones dentro del marco de una organización: los fines de esa organización, los factores relevantes para esos fines —una visión del mundo, por así decirlo—, desde la posición estratégica de la organización. Debido al poder de la identificación para atar a las personas a los fines de la organización, las organizaciones son mucho más coherentes y desempeñan un papel mucho más central en la vida económica de lo que la teoría clásica supone» (Simon *et al.*, 1992, p. 6).

(Smith contempla como excepciones las actividades «cuyas operaciones son rutinarias o pueden reducirse a un método tan uniforme que admita pocas variaciones o ninguna», entre las que incluye la banca, los seguros, el abastecimiento de agua y la construcción de canales ¹².)

Por si fuera poco, Smith desconfiaba de la gente que pedía dinero prestado. El prestatario es mal visto si gasta el préstamo en consumo, lo que es poco frecuente. Pero incluso pedir prestado es ya una debilidad en la gente sobria e industriosa. (Smith no sólo fastiga al pródigo, sino que no puede ocultar su escaso aprecio por el ocioso):

Incluso entre los prestatarios, *que no son los más acreditados por su sobriedad*, el número de frugales y laboriosos sobrepasa considerablemente al de los pródigos y ociosos ¹³.

Aunque podamos alabar el análisis de Smith sobre el problema del agente; e incluso considerar que su análisis es coherente con los hechos en su tiempo ¹⁴, Smith se equivocó en sus previsiones acerca de las posibilidades de organización de las grandes compañías. ¿Significa esto que el «sistema de la libertad natural», el capitalismo smithiano, deja de tener sentido si introducimos la gran empresa y el director asalariado como protagonistas habituales del proceso de producción?

La «tercera vía»: capitalismo con cooperativas (J. S. Mill, Marshall)

J. S. Mill, al contrario que Smith, tenía plena fe en las grandes sociedades anónimas. Frente a las desventajas señaladas por Smith (el dueño siempre será más cuidadoso que el director asalariado; Mill acepta esta superioridad, pero considera que las grandes organizaciones pueden poner en práctica incentivos adecuados para sus gestores), Mill encuentra otras ventajas mayores: el acceso a mayor capital y la posibilidad de escoger los directores entre un conjunto mucho más amplio que el de los propietarios, lo que hará que sean más eficaces ¹⁵.

Sin embargo, Mill defiende, como modelo organizativo ideal, las coope-

¹² Smith (1988), V, i, e, 32 (p. 787). En general, Smith considera que limitar la responsabilidad a las acciones poseídas es un privilegio, que sólo debe concederse cuando coincidan la utilidad pública y las posibilidades de éxito de esta forma de gestión.

¹³ Smith (1988), II, iv, 2 (p. 406). Las cursivas son mías.

¹⁴ Ambas justificaciones pueden verse en Anderson y Tollison (1982). El mismo Smith pone el ejemplo de las compañías de colonización, que, a pesar de contar por ley con grandes privilegios monopólicos, mostraban unos resultados desastrosos.

¹⁵ Mill (1965), I, ix, 2, pp. 135-140. Estas consideraciones le llevan a afirmar que algunas actividades son un monopolio natural. Estudió el caso del suministro de agua y gas a Londres, concluyendo que debía haber una única compañía, fuera ésta directamente estatal o concesionaria en exclusiva (I, ix, 3, pp. 141-142).

rativas. Pero esta defensa no se deduce de sus ideas sobre las grandes empresas. La preocupación de Stuart Mill por el asociacionismo y el cooperativismo proviene de su consideración de la relación salarial como degradante:

Trabajar bajo el mando de otra persona y en su beneficio, sin ningún interés por el trabajo —ajustado el precio del trabajo por una competencia hostil, una de las partes pidiendo lo más y la otra pagando lo menos posible—, no es, aun cuando los salarios sean altos, una situación satisfactoria para seres humanos con una inteligencia educada, que han dejado ya de creerse naturalmente inferiores a aquellos a quienes sirven ¹⁶.

Mill propuso primero la participación de los trabajadores en los beneficios («asociación»), como medio de aprovechar las economías de escala sin mantener y ahondar el conflicto de intereses entre patronos y empleados; y después, la cooperativa, cuya generalización consideraba un elemento más en el progreso humano:

Si la humanidad continúa progresando, la forma de asociación que es de esperar predomine en definitiva no es la que puede existir entre un capitalista que actúa como jefe y un obrero que no tiene ni voz ni voto en la dirección, sino la asociación de los propios trabajadores en condiciones de igualdad, poseyendo colectivamente el capital con el cual realizan sus operaciones y trabajando bajo la dirección de gerentes que ellos mismos nombren y destituyan ¹⁷.

Sin embargo, a pesar de su confianza en que las cooperativas traerían una revolución moral, siempre intentó compaginarlas con la competencia, convencido de que

dondequiera que no haya competencia hay monopolio, y que éste, en cualquiera de sus formas, significa hacer tributar a los industriosos para sostener la indolencia, si no es la rapacidad ¹⁸.

Alfred Marshall resaltaré aún más las ventajas de la organización económica en grandes empresas. Entiende que las compañías por acciones, sociedades cooperativas y corporaciones públicas están tomando una participación cada vez más grande en la dirección de los negocios. La principal razón de esto, para Marshall, es que, permiten aumentar la oferta de capacidad para los negocios, pues la dirección asalariada se puede reclutar

¹⁶ Mill, J. A., *Principios*, edición de 1848 (1965, IV, vii, 4, nota c, p. 766). Este párrafo fue suprimido en la tercera edición de 1852; el profesor Schwartz (1968, p. 316) señala que fue debido probablemente a las palabras que contenía en contra de la competencia.

¹⁷ Mill (1965), IV, vii, 6, p. 775.

¹⁸ Mill (1965), IV, vii, 7, p. 794.

entre capas sociales más amplias que los propietarios de empresas, al reclutar a «personas que tienen buenas aptitudes para los negocios, pero que no han heredado grandes oportunidades para desarrollarlas»¹⁹.

Esto convierte al capitalismo en un sistema organizativo más eficaz. Pero a Marshall le interesa también desde el punto de vista de la justicia. De esas tres formas de organización económica (sociedades por acciones, sociedades cooperativas y corporaciones públicas) que pueden sustituir a la empresa smithiana, la tercera es desechada tanto por su ineficacia económica (se burocratiza y pierde capacidad de innovación) como por sus escasos atractivos políticos y morales, tal como las ve Marshall:

El cartero no se hace libre por escapar del control de un patrón que puede ser simpático, y estar bajo aquellos funcionarios cuyas órdenes tiene que obedecer, y que no tienen capacidad para despertar sus simpatías²⁰.

Si por razones de eficacia económica Marshall ensalza las sociedades por acciones (el motivo de su superioridad es también un elemento de superioridad moral del capitalismo: permiten el acceso a la dirección de los negocios de personas sin capital), por razones políticas, se muestra moderadamente partidario de las cooperativas. En línea con Mill, las considera una forma de organización moralmente más elevada, para la que el mundo todavía no está preparado. Cree que, siendo los propietarios sus propios trabajadores, gerentes o capataces, no serán necesarias las tareas de vigilancia (aunque es consciente de los problemas que plantea la organización democrática de la empresa). Confía en que un aumento de la educación general venza los problemas que hoy frenan el desarrollo de esta forma de empresa²¹. La generalización de las cooperativas no está limitada por la disponibilidad de capital por parte de la clase trabajadora, sino por la disponibilidad de «capacidad para los negocios» por parte de esta clase trabajadora. El obstáculo para que sea también una democratización de los negocios no está en la posesión de capital, sino en la creciente complejidad de los negocios; en el mundo moderno,

no es cierto que, en competencia, el trabajo sea alquilado por el capital. Es alquilado por la capacidad para los negocios que dispone de capital²².

Marshall considera que, hoy, las cooperativas pueden tener éxito en la distribución; y, en la producción, sólo en aquellos sectores que no requieran habi-

¹⁹ Marshall (1961), IV, xii, 5 (p. 298).

²⁰ Marshall (1927), p. 658.

²¹ Alaba a los gestores de las cooperativas, que, por motivos éticos, trabajan por un sueldo menor del que hubieran podido obtener como directores de una empresa privada. Marshall (1961), IV, xii, 10 (p. 305-307).

²² Marshall (1966) p. 245. Marshall habla de «democratización de la propiedad de los negocios», por oposición a la democratización del control o gestión en los negocios (1927: p. 314).

lidades especiales, sino puntualidad, orden, pulcritud, y cuidadosa economía en asuntos de detalle y un paso decidido por los caminos ya trillados. Además, esos sectores raramente requieren mucho capital ²³.

Pero Mill y Marshall son dos convencidos de las ventajas económicas del capitalismo con «mano invisible», sobre todo de la competencia ²⁴. Tanto Mill como Marshall consideran la organización en cooperativas *moralmente superior*, o la competencia *entre individuos* (y especialmente entre individuos próximos) *moralmente inferior* al comportamiento solidario. Ambos consideran la competencia *entre empresas* es imprescindible para la eficacia del sistema económico, y las cooperativas que imaginan *compiten* entre ellas a la manera capitalista. (El tono de Marshall es más apologético del capitalismo, y el lector percibe, más que un apoyo decidido a las cooperativas, un rechazo firme del socialismo).

¿Puede funcionar el modelo smithiano con grandes empresas?

Volvamos a la discusión principal, entre empresas y mercado, o entre mercado y Estado. Para entender esta discusión, para comprender si puede salvarse la coherencia del sistema smithiano cuando el «esfuerzo natural por mejorar de condición» lo desarrollan también directores asalariados, hemos de empezar por corregir al maestro (como hizo J. S. Mill). El sistema económico capitalista, diseñado con coherencia por Adam Smith en *La Riqueza de las Naciones* y en *La Teoría de los Sentimientos Morales*, basado en la competencia entre individuos que se esfuerzan por mejorar de condición (*homo œconomicus*) y en la propiedad privada, no deriva necesariamente en un mercado atomizado, en el cual las transacciones son «instantáneas y sin cara». Esa es, como explicó Coase, sólo una de las posibilidades; otra parte de la economía capitalista se organiza mediante contratos «de tracto sucesivo», que dan lugar, entre otras instituciones, a las empresas (jerarquía y organización), para ahorrar costes de transacción ²⁵.

Smith diseñó este sistema utilizando la propiedad privada del capital (*directa*: esto es, sin separación entre propiedad y control dentro de *cada* empresa) a la vez como pilar de la organización social y de la teoría de la empresa. Las empresas en que piensa Smith están dirigidas por sus propietarios, que las organizan (dividen el trabajo dentro de ellas) y vigilan con diligencia, en

²³ Marshall (1966), p. 248.

²⁴ Marshall se basa en la teoría del «ciclo vital» de las empresas y en las «economías externas» para confiar en que las ventajas de la concentración de empresas no eliminan la posibilidad de competencia.

²⁵ Las transacciones «instantáneas y sin cara», de mercado puro, que encajan dentro del análisis neoclásico; las otras, «de tracto sucesivo», que se darán sobre todo cuando exista algún grado de *especificidad* en los activos que intervienen en la transacción, son el objeto de la economía neo-institucionalista. Williamson (1985), II, 2.1.a, pp. 55-56.

su «esfuerzo natural por mejorar de condición». El diseño de Smith es el que ha funcionado como organización social capitalista; pero el nexo de la propiedad privada no funciona tan directamente como Smith deducía de la observación de las empresas de su tiempo. No hace falta sostener que existe absoluta separación entre propiedad y control para dar más «cancha» a los directores asalariados, en cuanto a sus posibilidades para regir con eficacia una gran compañía, de la que Smith les concede. Lo esencial del esquema sigue vigente, porque estos directores asalariados actúan en la «búsqueda diligente de su propio interés», en su «esfuerzo por mejorar de condición»; y ambas motivaciones se traducen, en el esquema de Smith, en el acceso a la propiedad del capital. Smith menospreció, al menos en cuanto a sus posibilidades futuras, la importancia de los gestores profesionales y la importancia del crédito en los negocios. ¿Puede entonces, mantenerse vigente su esquema, no en cuanto a su teoría de la empresa sino en cuanto a sus modelos económico, político y filosófico de sociedad? La existencia de «separación entre propiedad y control», de gestores asalariados, ¿significa, como pensaba Marshall, que la sociedad es más meritocrática, que estamos en una «democracia económica»?

No necesariamente. Baran y Sweezy entienden que existe una separación, en sentido técnico, entre propiedad y control dentro de la empresa, pero no en el conjunto de la sociedad:

El estrato de la dirección es la parte más activa y de mayor influencia de la clase propietaria. ... Por supuesto, es cierto, como lo hemos subrayado, que en la gran corporación típica la dirección no está sujeta al control de los accionistas, y en este sentido es un hecho la «separación entre propiedad y control». Pero no hay justificación para concluir de aquí que la dirección en general esté divorciada de la propiedad en general. Por el contrario, entre los directores se encuentran los más grandes propietarios; y debido a las posiciones estratégicas que ocupan, funcionan como protectores y portavoces de toda la propiedad en gran escala. Lejos de ser una clase separada, en realidad constituyen el eslabón dirigente de la clase propietaria ²⁶.

La confrontación relevante entre el sistema capitalista (con mercado y con empresas que planifican) y la posible alternativa (planificada, en mayor medida, por el Estado) ha de hacerse en esos términos, y no en los que utiliza Adam Smith. Lo que hay que analizar es el sistema económico basado en la propiedad privada y en la competencia, si produce buenos resultados en general (y cuáles son sus fallos concretos); y no la ficción según la cual la propiedad privada del capital no es un factor relevante en la organización social capitalista. La propiedad privada directa de cada capitalista sobre su empresa no es tan importante como la entendía Smith; pero, en el capitalismo, el re-

²⁶ Baran y Sweezy (1972), pp. 33-34. Para la postura contraria, véase la conclusión de *La mano de visible* («las distinciones de clase se han desdibujado», Chandler, 1987, p. 675).

sultado del «afán por mejorar de condición» sigue siendo el acceso a la propiedad.

Los problemas de la «separación entre propiedad y control»

La separación entre propiedad y control en las empresas tiene grandes ventajas, como ya veía J. S. Mill; pero también los inconvenientes que veía Smith, que hoy llamamos «problema del agente». Tal vez la «separación entre propiedad y control» dentro de la empresa no convierta al capitalismo en igualitario, como hacen notar Baran y Sweezy. Pero la eficacia del capitalismo sí depende en gran medida de que las instituciones que hacen posible esa separación funcionen.

Esto nos lleva al análisis de la Bolsa como termómetro (y medicina) de la buena o mala gestión (asalariada) de las grandes empresas; como «mercado de control societario». En el modelo ideal (que habría que añadir al modelo smithiano para adecuarlo a los tiempos modernos), la mala gestión (en cuanto a los intereses de los accionistas) de una sociedad se traducirá en una valoración de sus acciones menor que la que corresponde al valor de sus activos, y por tanto existirá incentivo para que un «tiburón» ofrezca a los accionistas un sobreprecio por sus acciones, convencido de que ése es el valor de la empresa, una vez que la actual dirección se sustituya por otra ²⁷. La eficiencia (transparencia) y justicia (reglas para impedir el uso de la información privilegiada) se convierten en la medida de la buena o mala salud de un sistema de empresa, en el test actual para la validez del modelo smithiano actualizado.

No es de extrañar que Keynes, que se consideraba a sí mismo como liberal y partidario sólo de reformar el capitalismo para garantizar su supervivencia, llegase, sin embargo, a conclusiones tan anticapitalistas «Espero ver al Estado, que está en situación de poder calcular la eficiencia marginal de los bienes de capital a largo plazo sobre la base de la conveniencia social general, asumir una responsabilidad cada vez mayor en la organización directa de las inversiones» ²⁸), precisamente al terminar el capítulo dedicado a la Bolsa. Tanto por la situación histórica en que vivió, marcada por la Gran Depresión, como por su propia experiencia como especulador, su visión de estos

²⁷ El planteamiento teórico puede en Manne (1994). Fama (1994) considera más importante el control ejercido por el mercado de gestores. Véase, por ejemplo, Arruñada (1990, caps. 1 y 2), para un análisis teórico y una revisión de la evidencia empírica disponible.

²⁸ Keynes (1981), cap. 12, p. 149. En «El fin del *laissez-faire*» [1926], Keynes sostenía que el peso de la opinión pública en las grandes compañías las hace «aproximarse más al *status* de las corporaciones públicas que al de la empresa privada individual». De aquí concluye que: «Debemos aprovechar las tendencias naturales de la época y probablemente debemos preferir corporaciones semiautónomas a órganos de gobierno central de los que son directamente responsables los ministros del Estado» (Keynes, 1988, p. 293).

mercados es totalmente negativa. En nuestra época, en que la «separación entre propiedad y control» es un hecho generalizado, la eficiencia de la Bolsa es la medida del funcionamiento del modelo smithiano.

Conclusión

Tal vez exageraban los reformadores que, como Owen y Fourier, pretendían cambiar el mundo empezando por las relaciones internas dentro de las unidades productivas, o los radicales que ven en la organización jerárquica de la producción solamente una herramienta de dominación de los trabajadores por los capitalistas. En este artículo hemos defendido que no andaban del todo descaminados: lo que ocurre *dentro* de la empresa determina en gran medida la organización social en el exterior de la empresa. Esto no se debe solamente, como temían los reformadores, a que la mentalidad de las personas se moldea en el proceso productivo²⁹; se debe a que el predominio de grandes o pequeñas empresas, controladas por sus propietarios o por gestores profesionales, es un factor decisivo en cuanto a la forma en que se organizará la parte «no mercado» de la economía, y en gran medida, por tanto, la parte no estrictamente económica de la organización social. En este artículo hemos visto cómo, en los grandes economistas, hay una coherencia entre el modelo de sociedad que defienden y su forma de entender el funcionamiento de los diversos tipos de unidades productivas —empresario individual, sociedad anónima, cooperativa.

Bibliografía

- La fecha de la publicación original, en el caso de reediciones o traducciones, figura entre corchetes.
- Anderson, Gary M., y Tollison, Robert D. (1982): «Adam Smith's Analysis of Joint-Stock Companies», *Journal of Political Economy*, vol. 90, n.º 6, pp. 1237-1256.
- Arruñada, Benito (1990): *Control y regulación de la sociedad anónima*, Madrid, Alianza.
- Baran, Paul A., y Sweezy, Paul M. (1972): *El Capital Monopolista* [1966], Buenos Aires, Siglo XXI.
- Blaug, Mark (1985): *Teoría económica en retrospectión*, 3.ª ed., México, F.C.E. (Existe una 4.ª ed., con modificaciones menores: *Economic Theory in Retrospect*, 4.ª ed. Cambridge, Cambridge University Press, 1985).
- Bowles, Samuel (1994): «El proceso de producción en una economía competitiva:

²⁹ En el proceso de producción, «las actitudes de los trabajadores, sus capacidades, y sus creencias se transforman mediante un proceso análogo al de la transformación de las materias primas» Bowles (1986: 412).

- los modelos de Walras, neohobbesiano y marxista» [1985] en Putterman (1994), pp. 407-437.
- Chandler, Alfred D. (Jr.) (1987): *La mano visible* [1977], Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- Coase Ronald H., (1994): «La naturaleza de la empresa» [1937], en *La empresa, el mercado y la ley*, Madrid, Alianza.
- Fama, Eugene F. (1994): «Problemas de agencia y teoría de la empresa» [1980], abreviado, en Putterman (1994), pp. 245-260.
- Galbraith, John Kenneth (1974): *El nuevo estado industrial* [1968], Barcelona, Ariel.
- Galbraith, John Kenneth (1988): «Time and *The New Industrial State*», *American Economic Review*, 78:2 (mayo), pp. 373-382.
- Hayek, F. A. (1994): «Información y sociedad mercantil» [«The use of knowledge in society», 1945], abreviado, en Putterman (1994), pp. 85-91.
- Keynes, John Maynard (1988): «El fin del Laissez Faire» [1926], en *Ensayos de Persuasión*, Barcelona, Crítica, pp. 274-297.
- Keynes, John Maynard (1981): *Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero* [1936], México, FCE.
- Lepgae, Henri (1969): *Autogestión y capitalismo* [1968], Madrid, Asociación para el Progreso de la Dirección.
- Manne, Henry (1994): «La toma de control. Su mercado» [«Mergers and the market for corporate control», 1965], abreviado, en Putterman (1994), pp. 241-244.
- Marx, Karl (1978): *El Capital* [1867], Madrid, Siglo XXI.
- Marx, Karl, y Engels, F. (1975): *El manifiesto comunista* [1847], Madrid, Ayuso.
- Marglin, S. (1994): «¿Cuál es la función del jefe? Orígenes y funciones de la jerarquía en la producción capitalista» [«What do bosses do?, 1974], abreviado, en Putterman (1994), pp. 333-344.
- Marshall, Alfred (1961): *Principles of Economics* [1890], Ed. C. W. Guillebaud, Cambridge. (Traducción: *Principios de economía*, Madrid, Aguilar, 1963).
- Marshall, Alfred (1927): *Industry and Trade* [1919], Londres, McMillan.
- Marshall, Alfred (1966): «Co-operation» [1889], en *Memorials of Alfred Marshall* [1925], edited by A. C. Pigou, New York, August M. Kelley, pp. 227-255.
- McNulty, Paul J. (1984): «On the nature and theory of economic organization: the role of the firm reconsidered», *History of Political Economy*, 16:2, pp. 233-253.
- Mill, John Stuart (1965): *Principles of Political Economy* [1848], University of Toronto Press. (Traducción, de otra edición anterior: *Principios de Economía Política*, México, F.C.E., 1951).
- Putterman, Louis (ed.) (1994): *La naturaleza económica de la empresa*, Madrid, Alianza.
- Robinson, Joan (1966): *Filosofía económica* [1962], Madrid, Gredos.
- Schumpeter, Joseph A. (1971): *Capitalismo, Socialismo y Democracia* [1942], Madrid, Aguilar.
- Schwartz, Pedro: *La «Nueva Economía Política» de John Stuart Mill*, Madrid, Tecnos, 1968.
- Simon, Herbert et al. (1992): *Economics, Bounded Rationality, and the Cognitive Revolution*, Edward Elgar.
- Smith, Adam (1988): *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* [1776], Comps. R. Campbell, A. S. Skinner y W. B. Todd [Oxford University Press, 1976], Barcelona, Oikos-Tau.

- Stigler, George J. (1973): «La división del trabajo resulta limitada por la extensión del mercado» [«The division of labor is limited by the extent of the market», 1951, reimpresso en *The Organization of Industry*, Illinois, Richard D. Irwin, 1968, pp. 129-141], en Breit, W. y Hochman, H. M., *Microeconomía*, México, Interamericana, lectura n.º 10 (pp. 110-117).
- Williamson, Oliver E. (1985): *The Economic Institutions of Capitalism*. Londres, Collier Macmillan. (Traducción: *Las instituciones económicas del capitalismo*, México, Fondo de Cultura, 1989).